



HOJA DOMINICAL



salesianos
ATOCHA

Parroquia
María Auxiliadora

Domingo III de Pascua. Ciclo B

14 de abril de 2024

Año XXXV - Número 29

Nuestra Parroquia-Santuario

PASCUA Y EMAÚS



En este tiempo de Pascua se lee varias veces en las celebraciones el pasaje de Emaús. Este relato refleja la experiencia del encuentro de Jesús con los discípulos que volvían desolados a su casa. Es el modelo del camino que hay que recorrer para conocer y vivir desde Jesús.

En el primer momento se nos dice cómo Jesús se hace el encontradizo con aquellos caminantes: encuentro, cercanía, amistad. Después aparece su interés para saber más, conocer las Escrituras, iluminar la mente: crear grupo de fe, formarse, compartir.

Después Jesús es invitado a entrar en su casa y compartir la cena, allí se dan cuenta de su modo de “partir el pan” y “arde” su corazón: eucaristía, experiencia de Jesús, compartir en comunidad. Finalmente ellos mismos comunican a la gente del pueblo lo que han vivido y cómo su vida ya está orientada por Jesús: testimonio. Emaús, un

camino muy actual para vivir desde Jesús.

P. Iñaki Lete, sdb
Párroco

Palabra de Dios

Primera lectura

En aquellos días, Pedro dijo al pueblo: «El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo. Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer. Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados».

Hch 3, 13-15.17-19

Salmo responsorial

R. Haz brillar sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro.

Escúchame cuando te invoco, Dios de mi justicia; tú que en el aprieto me diste anchura, ten piedad de mí y escucha mi oración. **R.**

Sabedlo: el Señor hizo milagros en mi favor, y el Señor me escuchará cuando lo invoque. **R.**

Hay muchos que dicen: «¿Quién nos hará ver la dicha, si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?». **R.**

En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo. **R.**

Sal 4, 2. 4. 7. 9

Segunda lectura

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucris-

to, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero. En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: «Yo lo conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud.

1 Jn 2, 1-5

Evangelio

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Lc 24, 35-48

1. Canto de entrada

Cristo resucitó, ¡Aleluya!
la Vida vence a la muerte
¡Aleluya!
Por toda la tierra canta
el pueblo de bautizados,
¡Aleluya! ¡Aleluya!



2. Respuesta al Salmo

Haz brillar sobre nosotros el resplandor de tu rostro.

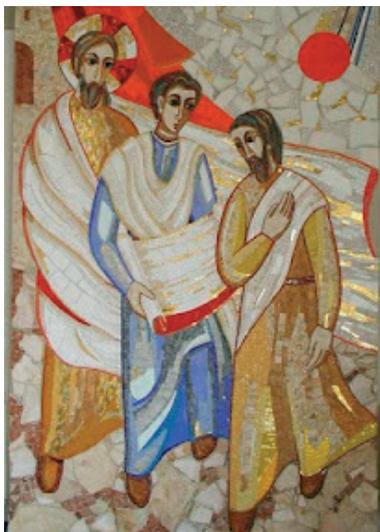
3. Canto del Aleluya

4. Cantos de comunión

Te conocimos, Señor, al partir el pan.
Tú nos conoces, Señor, al partir el pan.

5. Canto del Regina caeli

Regina caeli, laetáre, allelúia,
quia quem meruísti portáre, allelúia,
resurréxit sicut dixit, allelúia;
ora pro nobis Deum, allelúia.



El evangelio de hoy sigue situado en el contexto de las apariciones de Jesús a sus discípulos. Éstos no acaban de creer, estaban desconcertados, y es que no es fácil creer en Jesús resucitado. En última instancia es algo que solo puede ser captado desde la fe que el mismo Jesús despierta en nosotros.

Si no experimentamos nunca, por dentro, la paz y la alegría que Jesús infunde, es difícil que encontremos “por fuera” pruebas de su resurrección. Algo de esto nos viene a decir Lucas al describirnos el encuentro de Jesús resucitado con el grupo de discípulos. La mayoría de ellos no ha tenido todavía ninguna experiencia del Resucitado. Entonces Jesús se presenta y les da su saludo de paz.

Lo primero para despertar nuestra fe en el Resucitado es poder captar, también hoy, su presencia en medio de nosotros, y hacer circular en nuestros ambientes la paz, la alegría y la seguridad que da el saberlo vivo. El relato es muy realista. La presencia de Jesús no transforma de manera automática a los discípulos.

Así sucede también hoy. La fe en Cristo resucitado se va despertando en nosotros de manera frágil y no es cuestión de un día. Lo importante es nuestra actitud interior. Confiar siempre en Jesús, hacerle más sitio en nuestras vidas y en nuestras comunidades cristianas. Sólo quien se encuentra con el Resucitado siente necesidad de contarlo a otros y contagia lo que vive.

Santiago Barrero

